



LA POLÍTICA CULTURAL oficial de los ministerios, Educación o Cultura, promete, desde hace varias décadas, el fomento de la lectura de libros entre las nuevas generaciones de colombianos. Por ello ha gestionado el apoyo financiero de varios gobiernos amigos, entre ellos el de Japón, para construir bibliotecas en los pueblos apartados; ha consultado una lista mínima de títulos con el CERLALC para dotar esas bibliotecas, ha enviado cientos de cajas de libros a los municipios más distantes para uso de los escolares y sus maestros, y ha concertado con convenios a los alcaldes y los gobernadores para que los maestros y bibliotecarios fomenten la lectura. Pero ocurre que los gobernantes locales no destinan presupuesto para contratar bibliotecarios, no se abren las cajas de libros enviadas desde la capital por funcionarios bien intencionados, no se mantienen abiertas las bibliotecas, no se llenan estas de escolares todos los días. De vez en cuando, algún funcionario del Ministerio decide que es preciso inspeccionar el cumplimiento de los objetivos de los programas de lectura. Contrata entonces a una experimentada bibliotecaria andariega, ojalá santandereana indomable, y la manda por los caminos polvorosos o por las rutas del mar a los confines del territorio nacional, para averiguar cómo los alcaldes han dado cumplimiento a los planes de fomento de la lectura entre sus nuevas generaciones. Esta crónica íntima de esa experiencia personal de una bibliotecaria andariega y santandereana ilustra bien, para los lectores de la *Revista de Santander*, la distancia que siempre ha existido entre las políticas públicas formuladas en Bogotá y la realidad social de los alejados municipios colombianos. Se trata entonces de un testimonio de una época de la vida cultural de nuestra sociedad, en la que la política cultural de los Ministerios era resistida por la indolencia e incompreensión de las autoridades locales.

PUEBLOS DE CUNDINAMARCA

¡Holas, mis queridos amigos:

Confío en que se encuentren bien.

Remito mis crónicas de viaje para mantenerlos informados sobre mis desplazamientos por la Colombia recóndita. Este primer período de viajes ha sido un repaso por tierras rolas... más Cundinamarca. En general, bonitos paisajes y buenas carreteras, aunque bastante lejanía. En los desplazamientos en bus aprendí nuevas tendencias musicales. Estos choferes de buses intermunicipales oyen “ranchenato”, que es una mezcla charra de ranchera avallanata, o vallenato arranche-

rado, y “corridos prohibidos”, que son grotescas historias de los traquetos, los “paracos” y los “mágicos” del momento. ¡Uf! Parecen apologías del delito.

Como el período actual corresponde a los días iniciales del año, los empleados públicos se encuentran dispersos. Los políticos y las autoridades municipales están de correría tras los votos del año electoral, y la mayoría de los bibliotecarios de las casas de cultura y colegios con sus contratos suspendidos, pues según el criterio de sus jefes, “si no hay tareas y los niños están en vacaciones, ¿para qué bibliotecas?” ¡Ay, nos



falta esfuerzo para cambiar la mentalidad de nuestros gobernantes! Y, ¿el empleo del tiempo libre para leer? Un discurso de labios para afuera.

Como si fuera poco, todos buscan motivos para seguir perdiendo el tiempo laboral. El viernes, antes del primer puente del año, día 6 de enero, el alcalde municipal que visité había dado el día libre a sus empleados, como “compensatorio”. ¿Por qué? Para “compensar” a los empleados públicos porque la Navidad y Año Nuevo habían caído en fin de semana y no generaron “puente”. ¿Qué tal? Pero el viernes siguiente, otra alcaldía municipal tampoco trabajó, para que los funcionarios “descansaran” de las fiestas patronales, que habían celebrado durante toda una semana. Para completar, el reinado de la panela había sido organizado en otro de los pueblos que tenía que visitar y se había decretado “tarde cívica”, pues habría desfile de recepción y fiesta de celebración. Las banderas del pueblo ondeaban dichosas al aire. ¡Así somos!

Me ha tocado aprender a “tirar dedo”, “pedir chance” o “pedir la colita”, como dicen para viajar por las tierras donde he estado, pues no siempre hay transporte público o este deja a sus pasajeros en las carreteras centrales y no entran a los pueblos.

Nocaima y Fosca fueron testigos de mi “lance”. En los recorridos transité por varios páramos, bastante helados y todavía con bellos frailejones. Lo malo es que nuestros defensores uniformados se gozan poniendo los retenes allí, para verificar papeles, y aguante más frío a la intemperie. ¡Parece que se desquitaran por tener que hacer su labor en estos sitios! Pero como nos dan seguridad para desplazarnos, hay que agradecerles lo que hacen.

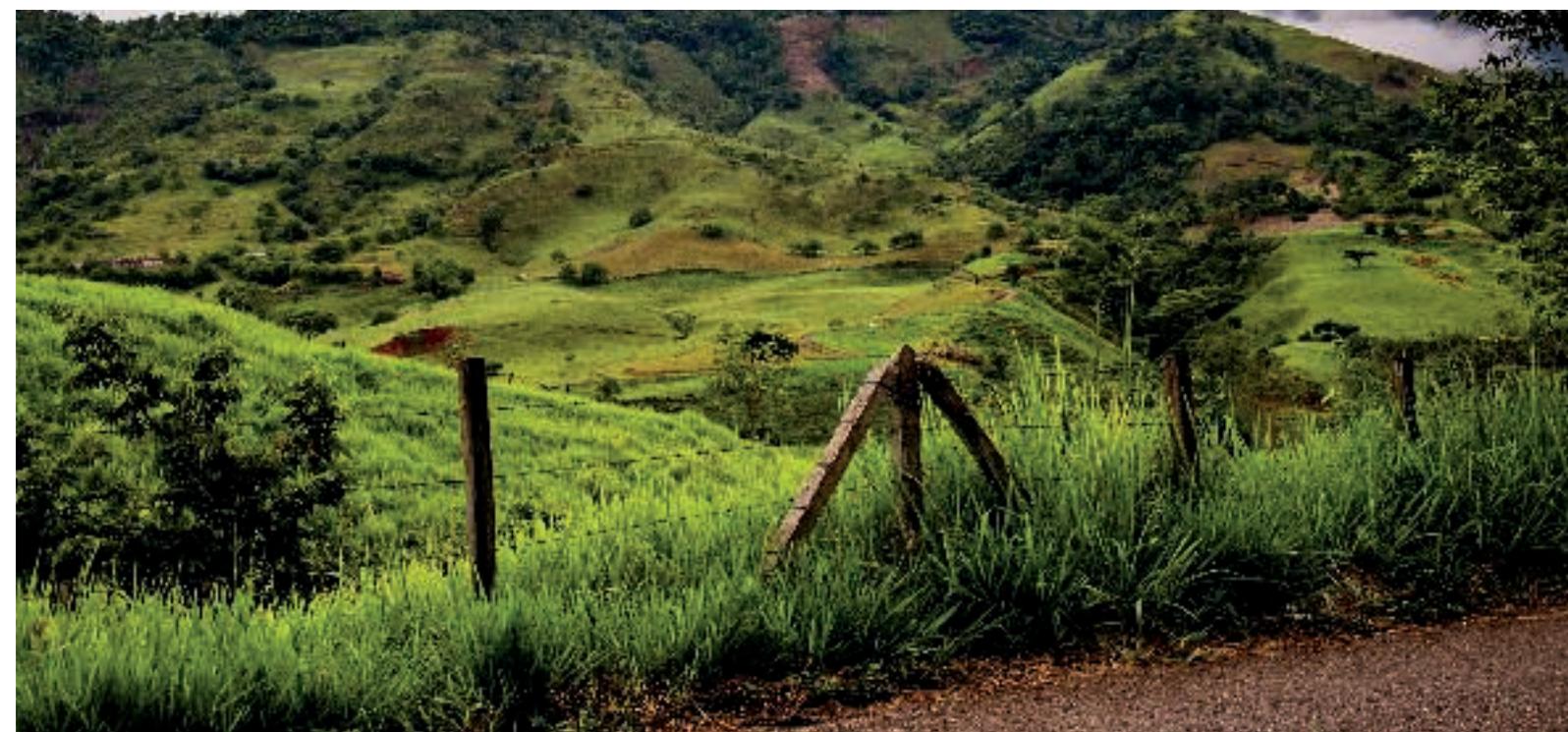
Entre Pandi y Agua de Dios encontramos el mejor paisaje: hermosos sembrados de sorgo que ya estaban a punto de cosechar le daban a las lomas un colorido rojo púrpura, que se encendía con el reflejo del sol del atardecer. Mucho más bellos que los cuadros

de Van Gogh. La llegada a Agua de Dios fue toda una experiencia de vida. Desde niña le tuve un temor reverencial a este pueblo y a las tristes despedidas de los enfermos que eran confinados a su leprocomio. En aquella época todavía pensaba que la lepra se contagiaba, y oía con terror los relatos que aseguraban que a sus víctimas se les caía a pedazos la piel, y que por eso les colgaban campanillas para advertir sobre su paso. Era toda una película de terror, fomentada por las mamás santandereanas que relataban a sus hijos sobre las plagas que Dios enviaba para castigar el pecado, tales como la sífilis, la tisis y la lepra. Combinada con la triste despedida del músico Luis A. Calvo a su madre (*El Intermezzo*, que con voz plañidera entonábamos, ¿recuerdan? “¡Adiós, mi dulce madre, amada madre mía! La suerte abre un abismo entre nosotros dos”), que nos hacían oír todos los días de la madre, y que nos hacían cantar en los coros escolares, eran suficientes motivos para que nos imagináramos a Agua de Dios como un pueblo terrorífico.

Nada de eso era cierto, pues resultó un pueblo bonito, próspero y agradable. Y aunque aún conservan algunos hospitales para estos enfermos, ya han desmitificado los tratamientos, no los aíslan y conviven con ellos. Bueno, así pasé además por Tena, Ricaurte, Pandi, Tibacuy, Silvania, Gama, San Francisco de Sales, Nocaima y El Rosal. ¡Qué tierras tan ricas en frutas y vegetales! Ubaté, Simijaca, El Carmen de Carupa y vecinos, pueblos más lecheros y llenos de pastos.

PUEBLOS DE BOYACÁ

Llegué hoy de Boyacá, pues debía adelantar una gran cantidad de trámites. Aún me faltan diez municipios de allí, más todo el eje cafetero y Cundinamarca. Estoy tratando de trotar, pues debo acabar en enero y lo más seguro es que en los festivos de diciembre no encuentre a nadie. Ya veremos. Como no había visto casi verde, ahora el Departamento de Boyacá muestra todo su



colorido. Sí, Ha llovido tanto, tanto, que las hojas lavadas de los árboles exhiben toda la gama de los verdes. Solo que los admiro en medio de las patinadas de los carros, pues ya no ruedan, sino que chapalean entre los charcos, esquivando derrumbes y bajo los aguaceros de dos y tres días.

¿El frío? De páramo. Por supuesto, el real, pues en esta ocasión me correspondieron los pueblos de Güicán, El Cocuy, La Uvita, Chiscas, todos del norte de Boyacá. ¡Qué situación la de estos municipios! Casi todos han sido azotados por la violencia y en directo, no la de la televisión que nos toca a los ciudadanos. El pueblo que menos “tomas” guerrilleras ha soportado, lleva tres en su haber, pero en el caso de La Uvita, van nueve. Así, ¿cómo viven? Empiezan a reconstruir, y al suelo, gracias a los cilindros de gas que tiran los guerrilleros. Han olvidado las características de una buena construcción y apenas si levantan una que otra oficina, que siempre parece en obra negra. Los alcaldes de este sector fueron solidarios entre sí y se co-

municaron tan pronto aparecí por esos lados. Entonces, en varios municipios estaban desempacando las cajas de libros cuando llegué. Bueno, por lo menos, abrieron las cajas de libros. ¿Conchudos, cierto?

De todos los municipios de Boyacá, Corrales fue un descreste. Otro hermoso pueblo. ¿Y la biblioteca? De ensueño. Aun la están reconstruyendo, pues habilitaron una casa antigua declarada monumento histórico. El río Chicamocha pasa por el frente, y su rumor es una bella sinfonía que se combina con el batir de las ramas de los árboles. Por donde quiera que se mire, hay paisaje: un hato de vacas que filosofan al son del río mientras van rumiando. Al lado, una anciana que pastorea su rebaño de ovejas mientras hila lana, con una rueca artesanal. La casa tiene al frente la posibilidad de hacer un jardín y, al fondo, una huerta.

¿Se imaginan los programas de siembra alrededor de la lectura? Cómo sería de bello este sitio, que hasta me ofrecí de voluntaria para ayudar en la apertura de la bi-

biblioteca. Con los hoteles continuó sufriendo. Con excepción de las ciudades grandecitas, los pueblos no saben hacer hotelería y turismo. Sería bonito un programa para impulsar con el Sena, la Corporación Nacional de Turismo y una que otra universidad sensible. Trataré de hablar de esto con el gobernador de Boyacá. En sitios como El Espino, la habitación era un hueco de 2x2 metros, solo dotado con una cama. Absolutamente nada más. Una mesita o un espejo, nada. ¡Ah bueno, el mugre de las paredes del cuarto sí me acompañó!

El baño, común para todos los huéspedes, especialmente choferes de buses y vendedores ambulantes, que son los que deambulan por estos pueblos dejados de la mano de Dios, un asco. Parecía que por el tubo bajara directamente la amarilla agua del río vecino. Y la ducha, si así puede llamarse un tubo redondo colocado casi a 30 centímetros, frente al inodoro. Como podrán imaginarse, desde las tres de la mañana estaban los choferes en el baño escupiendo, lavándose y... etc. Cuando me tocó el turno, fui incapaz de bañarme, ni siquiera de pararme en ese piso. ¿Saben qué? Que practiqué el baño francés. Una botellita de agua cristal para humedecer la toalla y tratar de estregarme, cepillar los dientes y lavar los lentes. Había que hacer milagros.

Por aquí también me han encantado los nombres de los municipios: Covarachía, acentuando el 'chía', es la cueva de la luna. Detrás del pueblo se alza un monte, donde se la ve encuevarse. San Miguel de Sema, con un ángel protector. Coper, Briceño, Oicatá, etc.

OTROS PUEBLOS

DE BOYACÁ Y SANTANDER

Parece ser que el destino de quienes visitan a Saboyá, aunque no sea a la vereda de Velandia, es perder algo suyo. Cuando llegué hasta allá llovía a cántaros, y la sombrilla se había quedado olvidada en la biblioteca. Casi completé los municipios de

Boyacá, pasando por Santa Sofía y Saboyá. Me queda faltando Cubará, ¡que queda en la frontera con Venezuela! Este paisaje estuvo mejor, aunque son poblaciones bastante alejadas de Tunja.

Volví a hacerle antesala al gobernador de Boyacá, desde las tres de la tarde, hora de nuestra cita, hasta las 7:30 de la noche, cuando me hizo seguir. Un montón de burócratas obsecuentes revoloteaban a su alrededor, lo endiosan y le rinden pleitesía, haciendo más ruido que moscardones. Habían extraviado los convenios que había dejado previamente, debían conseguir un visto bueno del asesor del asesor jurídico, y así por el estilo. Cada vez que intentaba hablarle a alguno de estos funcionarios, les entraba una llamada a su celular, ¡y a hablar! Estaba ante una demostración de "cuán importante soy". La famosa asesora del gobernador, después de esperarla largamente, se sentó, cogió el teléfono, revisó y a voz en cuello anunció: "¡Perdidas 23 llamadas!" Pues a revisar para ver de quien eran, y yo, paciencia.

Felizmente seguí después hacia el norte, Santander: ¡lo mío! Barbosa, con políticos que me mostraron las maravillas que están haciendo en sus administraciones: parque, bosque, caminos empedrados y edificio de biblioteca como centro cultural. Pero, ¡nada de servicio bibliotecario! La Belleza, a cuatro horas de carretera destapada, en una camioneta. No es tan bella como dice su nombre, pero sus habitantes consideran que sí. Luego, Vélez, Chipatá, Guavatá, carreteras destapadas, pero como ya está lloviendo, cambié el polvo por unos barriales de antología, algunas patinadas y varias mojaditas.

El transporte público bastante lleno de campesinos: en el *jeep* que me llevó a Chipatá se acomodaron 15 personas. Sentados casi encima los unos de los otros, dos en la capota y dos colgando atrás ¿Se imaginan? El hablado brusco, pero inocente de estas gentes, me llama la atención. Casi todos cambian la efe por lo jota en sus palabras, quizás delatando su antiguo origen hispano,



y hablan de las enfermedades, la jatiga, de estar ajanado y de “cachar clase”, haciendo referencia a faltar a las clases del colegio. Y el “mucho” en abundancia: ¡Mucho pingo!, ¡Mucho lo bueno! Y el ¡Ay juepuerca! Ya no recordaba estas expresiones del tiempo de mi infancia.

Agradable, el olor a la guayaba. No el que añoraba García Márquez en su imaginación, sino el olor real de los campos de la provincia de Vélez. No hay cosecha de guayabas, que ocurre entre noviembre y diciembre, con la “travesía” en julio (aprendo, ¿saben?), pero las fábricas de bocadillos abundan en cada pueblo y el aroma es la característica de ellos. Por todo el pueblo, dulce de guayaba hirviendo. Ummm, como para chuparse los dedos.

La situación bibliotecaria se repite: casi todas cerradas, pero aquí los políticos han tratado ladinamente de hacerme creer que ya están funcionando. En varios sitios han inaugurado y cerrado la biblioteca, hasta cuando yo he llegado. En fin, esto es

Colombia. Hoy estoy en Barbosa, para seguir a San Benito. Son pueblos muy pequeños con un solo servicio de transporte y es difícil cuadrar el desplazamiento.

Por aquí voy, andando por Santander. El último recorrido incluyó a San Andrés, un bonito pueblo, a cinco horas de Bucaramanga por carretera destapada y lluvia incesante. La neblina cubre el espacio desde el mediodía y las tardes parecen bogotanas. Después pasé por Matanza. En este pueblo encontré el bibliotecario por excelencia: un jovencito de 19 años, colaborador de la casa de cultura desde cuando era menor de edad, miembro de su junta directiva desde entonces. Pinta, baila, trabaja bellamente en plastilina, es el fotógrafo oficial del municipio, manipula perfectamente la cámara digital, ama a su pueblo y registra con amor todos sus parajes, aprecia y es apreciado por todos los jóvenes del pueblo, admirado por todos los niños y totalmente consagrado a la labor bibliotecaria. Como puede suponerse, para él no hay horarios. Disfruta su trabajo,

les abre la biblioteca a la hora en que la necesitan, sin que le importe nada la jornada laboral oficial.

Seguí hasta Charta, un rincón florido de Santander, viendo las montañas más hermosas del recorrido, prácticamente separadas por la carretera y el río Suratá, crecido y torrentoso. Los bosques frondosos, tupidos de árboles nativos y reverdes, por el agua que los ha lavado en los últimos días. Realmente hermosos. Bonitas y sencillas satisfacciones: una microempresa de dulces en este pueblo, que adoptó la receta de un libro de la colección de la biblioteca para la combinación de sus dulces,

De nuevo, el lenguaje santandereano, que no deja de sorprenderme: sílabas iniciales repetidamente suprimidas: “toy janada” (por estoy afanada), “yo bía salido” (por había salido), y así por el estilo. Las hormigas culonas continúan apareciendo por los pueblos. Los que en Curití son los “viejitos”, en Charta son los “padrones”. Un papel más digno para estos hormigos, ¿cierto? Encontré cosecha de “curas”, pero no de aquellos que se ponen una sotana. En Santander son los aguacates más deliciosos y los más ricos del país. Los árboles “curos” cargaditos y los vendedores por las calles, ofreciéndolos. Aquí fue donde rememoré el adagio familiar de “lo mismo que curas verdes”, que no equivale a los hombres de sotana narrando cuentos, sino a “es como tener mama, pero muerta”. Por aquí también es que la papaya se vuelve “lechosa”.

En Santander encontré más bibliotecas abiertas que en Boyacá: de 20 bibliotecas visitadas, 15 estaban abiertas. Por supuesto, se presenta de todo. Algunas, cuya inauguración fue festejada hasta con la presencia de la ministra, ya la habían cerrado. Encontré bibliotecarios desempeñando dos o tres cargos, con lo cual sus servicios estaban reducidos a tres o cuatro horas por día. Encontré algunas que funcionaban con los reglamentos más absurdos que se pueda imaginar. Es como si se hubieran inspirado en

“La biblioteca de Babel” de Jorge Luis Borges y hubieran imitado los reglamentos absurdos que el argentino describió: prohibido entrar a leer con chanclas, camisetas sin mangas o minifaldas, y cosas por el estilo. Y todo esto en pueblos de tierra caliente. También prescribían lavarse las manos antes de pedir un libro al bibliotecario, no llevar libros para la casa, etc. ¿Qué tal la supuesta generosidad de estos santandereanos? Más godos que todos los godos.

Los recorridos fueron bastante agradables pero, cuanto mejores eran los pueblos, más tétricas eran las carreteras. Pero aprendí el horario de los pueblos, pues a las cuatro de la madrugada salen la mayoría de los buses intermunicipales, de tal modo que para alcanzar a llegar a los otros municipios en horas diurnas, que son las del mercado, hay que acostarse por tarde a las ocho de la noche y aprender a caminar en medio de la bruma mañanera, como ánima en pena, sin ver, pero adivinando al que cruza al lado de uno.

Segue el recorrido por la carretera de Chipatá a Guavatá, un nombre derivado de la voz científica de la guayaba, y ya se imaginan cuán oloroso a esta fruta es este pueblo y cuántas industrias de bocadillos hay. Seguí por San Benito y Suaita. Aquí, además de una carretera terrible, tuve que hospedarme en una casa de más de cien años de antigüedad, con crujientes y desvencijados pisos de madera, puertas con rotos mediotapados con papel, un baño común al final del corredor y creo que muchos fantasmas. Para poder dormir tuve que dejar la luz encendida, pues los sentía rondar por alrededor. Confieso que sentí miedo.

Seguí luego por Guapotá, Pinchote y Ocamonte, este último un pueblo totalmente rodeado de verdes y altas plantas de caña de azúcar, que abastecen el trabajo de 66 trapiches productores de miel. Por el camino se aspira el olor de la miel, se esquivan las innumerables recuas de mulas de 12, 14 o más animales, y se contempla la rivera hermosa del río Fonce. Por aquí los hombres se



dedican a “trapichar”, a un costo de seis mil pesos el día, si el dueño les da las comidas, o de doce mil, si no. ¿Qué tal la explotación? La alimentación incluye un desayuno de caldo, carne, yuca y chocolate; luego viene un “rumbeador” o mediasnueves, a partir de lo cual se empieza a tomar guarapo de caña, “mucho dañoso”, tanto para la cabeza como para la integridad personal, pues la mayoría de los mancos de la región resultaron de haberse molido el brazo cuando estaban borrachos, mientras alimentaban el trapiche. Cuanto más frío y fermentado, mejor el guarapo. Se debe estar borracho para poder aguantar la pelusa y las cortadas que producen las hojas de las cañas durante todo el día. Así que si por aquí lo invitan a “rumbiar”, no se haga ilusiones de parranda. Se trata de una comida, donde no puede faltar el ají que se riega generosamente sobre la carne oreada.

Seguí después por el Páramo de la Salud, que debe ser el único páramo caliente de Colombia. Otro chasco como el del pueblo de Pisba. Los abrigos sobran y el calor, mor-

tífica. Después pasé por Valle de San José, Onzaga, San Joaquín y Mogotes. Como había llovido en abril, en todos los pueblos esperaban la salida de las hormigas culonas, después de los primeros aguaceros en este mes propicio. En todos estos pueblos los campesinos todavía utilizan alpargatas (o chocatos). Es curiosa su relación con la civilización, ¿o con el barro? Solo cuando el bus llega al pueblo sacan los zapatos y se los calzan, para parecer ciudadanos, o para aparentar que ya están en la modernidad.

En Curití aparecieron los “viejitos”, una especie de hormigas machos, los padrones, sin mucho culo, que anuncian la salida de las hormigas culonas. Todo el pueblo madruga a los hormigueros en el monte y a media mañana aparecen con bolsadas de hormigas vivas, con alas e intentando volar para librarse de la tostada final. Por aquí se consigue a 20.000 y 15.000 pesos la libra de hormigas culonas. Baratas, si uno se le midiera a la tostada. Hasta el párroco exhibía orgulloso la bolsada de hormigas que había cogido.

Viene entonces Aratoca, el pueblo del más famoso pan de Santander. Y luego el colonial pueblo de Girón, que golpeado por la avalancha que había ocurrido hacía tres meses, aun se quejaba por la desgracia. Se clausuró el servicio de la biblioteca, para llenar su local con ropas viejas donadas. Mientras tanto, los damnificados, sentados en el parque con la mirada perdida en el vacío, sin nada más que hacer que añorar la nevera y el televisor que se fueron flotando en las aguas del río, para quitarles el estatus que su posesión les daba. Fui después a Landázuri, la tierra cacaofera del país, donde el pueblo olía a chocolate, y además con explotación de carbón. Pero, a pesar de esto, una carretera a la que dos enormes montañas habían confundido con su reclinatorio y se habían acostado sobre ella. Aquí también alcancé a asustarme, pues los restos de las casas arrasadas eran la clara prueba de que si el resto de montaña quiere caer, los pobres insecticos que van en viejas busetas no podrán más que arrepentirse de sus pecados y dejarse llevar. Mi temor era tener que arrepentirme de las acciones de mi vida, pues este parecía un viaje para exorcizar temores. Finalmente Cimitarra y la vuelta por Barranca hacia la civilización.

Ya creía que no iba a encontrar un sitio que pudiera satisfacer mis aspiraciones de bibliotecaria antigua, pero en Florida-blanca, ¡ahí estaba esperándome! La casa de la cultura “Piedra del sol” cumplía con las expectativas de una institución cultural llena de vida, creativa, dinámica y llena de gente ávida de actividad cultural. Aunque la biblioteca no estaba muy bien organizada, encontré un servicio activo en ella. Por fin pude gritar ¡eureka!

EMOCIONES DEL TRANSPORTE EN LOS SANTANDERES

Para iniciar bien el año retomé mis deliciosos viajes de “turismo extremo”, y así me fue en la primera salida. Conocer a la otra Colombia es todo un reto maravilloso pero duro, cuestionador y a veces estremecedor.

En primer lugar, tenemos el desafío de los límites departamentales, que llevan a elegir por cercanías las rutas más opuestas al regionalismo lugareño, como entrar a Santander procediendo de Boyacá, a pesar de la guerra soterrada entre “reinosos” y “machos”, enunciada en la expresión “aquí acaba el sumercé y comienza el jijuepuerca”. Fue entonces cuando tuve que aceptar que para llegar a San Miguel y Maracavita debía pernoctar en Capitanejo, en el sureste de Santander, después de atravesar Boyacá por Soatá y Tinpacoque, donde rememoré a Eduardo Caballero Calderón. También que, para acercarme a Florián, que está en Santander, tenía que atravesar por entre los promeseros de Chiquinquirá, y tocar el municipio de La Belleza. Y también que para aproximarme a Morales, en el sur de Bolívar, debía aprovechar el paso por Santander y el Cesar. Además que, desde aquí, se facilita llegar a Ocaña sin atravesar el Norte de Santander, desde Cúcuta. Al igual que para llegar a Puerto Berrío, en Antioquia, era más fácil hacerlo desde Barranquermeja, en el departamento de los pingos, que por el territorio de los paisas. ¿Qué tal la lección? Como para reorientar la política, ¿cierto?

El segundo reto fue el cálculo de los tiempos de desplazamiento, pues en este recorrido enfrenté carreteras tan malas, que no fue posible calcular la salida el mismo día de cada municipio. Primero tuve que buscar lugares estratégicos, a cinco o seis horas de Bogotá, para pernoctar: Socorro, Vélez, Capitanejo. Y desde allí sí encaminarme hacia los municipios de la cuarta etapa del plan del recorrido de visitas. Este recorrido tomaba casi siempre cinco o seis horas, adicionales a las anteriores, dejándome zarandear en los caminos de herradura por los buses “lecheros”, que son los únicos transportes públicos que se mueven por esos pueblos. Los conductores de estos buses pernoctan en esos pueblos, pero salen a las 3 o 4 de la madrugada del día siguiente, retomando el zangoleteo por el mismo tiempo, si el bus se porta bien.



Siempre creí que la peor carretera era la de Tumaco a Barbaças, en Nariño, hasta que recorrí otra que casi la iguala: la que lleva a Santa Helena del Opón. Para ser justos, ni siquiera clasifica como carretera. Se trata de un camino de herradura que replica una de nuestras cordilleras con sus montañas, precipicios, despeñaderos y lagunas, por donde saltan aquellos buses medio redondos, de cabinas de madera, como de principios del siglo anterior, que aún ruedan por estos pueblos que abandonó la mano de Dios y, por supuesto, la del Estado. Cuando logré llegar viva, aunque sin voz, a Vélez, sentí ganas de darle un abrazo al conductor por haber superado semejante reto.

En esta etapa de mi viaje tuve que subirme a un carro mortuorio que viajaba con el cajón y su respectivo muerto, pues el bus en que había llegado se negó a devolverme al punto de partida. En dos ocasiones tuve que ocupar el asiento del rincón del chofer, reservado generalmente para acomodar a su “novia”, pues más de la mitad del

bus estaba ocupado por bultos de mercado y mercancías de todos los olores, y el resto por un grupo de campesinos apeñuscados y bien “apretaditos”. Allí fue donde tuve que enterarme de las peripecias amorosas del conductor y de su ayudante, más las de los amigos de estos, que viajaban de “patos” colgados de la puerta del bus. Crónicas suficientes como para escribir varias telenovelas.

Estas circunstancias y la abundancia de polvo, sumadas al calor y al descongelamiento que este produce a los paramunos bogotanos, entre los cuales ya clasifico, me permitieron someterme al tratamiento de lodo que está de moda, en todos los recorridos. Tendré mi remedio con buenos baños y agua caliente, pero mi maleta quedó lista para tirarla a la basura, que después de haber sido negra se volvió gris amarillenta.

Con excepción de la provincia de Vélez, verdecita y bien sembrada, predominan en Santander los riscos pelados, áridos y empinados, adornados por cabritos y cactus sarmentosos y retorcidos. Volví a justificar la

fama de bravos de mis paisanos, ante tanta inclemencia y dureza del medio. Es como si la necesidad de poseer tierra llevase a los hombres a semejantes extramuros.

En este recorrido me desfasé en dos semanas el cálculo de cumplimiento de mi contrato, pero me conformo con haber regresado viva a Bogotá. A propósito de vida, me encontré con las camionetas de la ONU circulando a gran velocidad, identificadas con banderas blancas, un síntoma de guerra interna que no dejó de provocarme temor.

Los encontré en Hacarí, Cimitarra y Morales, pero también atravesando de Ocaña hacia Cúcuta, lugares donde se respiraba un gran ambiente de inseguridad.

Respecto de hospedajes, nada nuevo que decir. Solo que quedé convencida de que para poder hablar de turismo sería necesario ejecutar un plan nacional de hospedajes, buenos baños y mucho aseo. ¡Puaf! No repetiré descripciones ya hechas, pues la situación no cambia en muchas partes. En estos lugares alejados es donde puede palpase la llamada mentalidad de la gente “en vías de desarrollo”, pues apenas si están entendiendo el significado de los servicios. Ni siquiera en el pueblo donde la mamá del alcalde era la que arrendaba habitaciones a los pasajeros y a las personas “distinguidas” que visitaban a su hijo, estaba claro que había que suministrarles toallas, jabón y papel higiénico. Pero en cambio, en las terminales de transporte público se cobra por entrar a los sanitarios, y si entregan recibo se discrimina el servicio prestado respecto del IVA.

Las bibliotecas, como siempre: unas apenas abriendo, otras funcionando, y algunas más cerradas, con algunos de sus equipos utilizados por otros funcionarios y una de las dotaciones enviadas en la casa del alcalde, agravado con el hecho de que estaba preparando la entrega de su cargo. Quizás lo más grave es que difícilmente se encuentra uno a los funcionarios de las alcaldías en sus pueblos, pues la expresión de moda es que están en las ciudades capitales “gestionando”.

PUEBLOS DE NORTE DE SANTANDER

En el Norte de Santander aparece la Villa del Rosario, bonito rincón cercano a la frontera con Venezuela, donde se respira temor, desconfianza y represión por todas las calles. En El Zulia, dotación cerrada y biblioteca atendida por una niña de 15 años, porque la alcaldía no tramita la incapacidad de la mamá-bibliotecaria, enferma desde el mes de diciembre.

La sorpresa del viaje: El Carmen, pueblo hermosísimo, auténtico, con pobladores enraizados y apegados a su terruño. Orgullosos de haber experimentado la declaración del pueblo como monumento nacional. Su recorrido me llevó a reconsiderar mi posición frente a Girón, Santa Fe de Antioquia y Cucunubá, pueblos a los que creía los más bellos de Colombia. Desde las seis de la mañana los pobladores pintan el zócalo de sus fachadas con arcilla amarilla, desyerban y se levantan a disfrutar los miradores construidos en todos los extremos del pueblo. Sus construcciones continúan siendo de calicanto, su plaza llena de árboles y, como si fuera el patio de las casas, todo el sur del pueblo tiene como límite el “monte sagrado”. Tal como su nombre lo indica, es una montaña no alterada. No intervienen la vegetación nativa, no permiten talas ni basuras en sus suelos, solo las hojas y ramas caídas. Es auténtico, apacible y hermoso.

Y como para completar las experiencias de viaje, ¿qué me faltaba? ¡Ah, pues el consabido accidente terrestre! Un “choque”. Para llegar a este pueblo, viajé en avioneta hasta Ocaña, y de aquí en bus. Durante este trayecto, chocamos con un carro. Aunque no fue demasiado grave el incidente, tuvimos que esperar cuatro horas para ver si aparecía la policía, o si los dos choferes eran capaces de arreglarse. ¡Todavía creemos en la conciliación! ¡Ja! Solo pude llegar cuando de la alcaldía me mandaron a recoger. Entonces, a pesar de la avioneta, poco fue el ahorro de tiempo que pude hacer. Eso sí, ocho pasajeros

fuimos sacudidos de lo bueno entre los nubarrones de los cielos nortesantandereanos y de las advertencias del piloto: “¡Cójanse duro, que vamos a saltar un poquito!”.

Chitagá, Pamplona y Pamplonita, vinieron a continuación. Luego, llegar a Gramalote por una hermosa carretera que serpentea bajo un túnel de árboles, con unos alrededores de imponentes y lisas lajas. Dicen que el pueblo es el único construido sobre este tipo de piedras. En Salazar de las Palmas encontré un parque sembrado de esbeltas y despeinadas palmeras. A Tibú, la zona petrolera rodeada de todas las plagas que nos azotan, no puede llegar por Ocaña. La realidad se encarga de mostrarnos nuestras permanentes equivocaciones cuando queremos ponerles lógica a los recorridos sobre los mapas. Donde impera la violencia hay que hacer el quite y desviarse, a pesar de la pérdida de tiempo. En este caso, el recorrido planeado atravesaba por El Tarra y la Gabarra. Todo el mundo describió la zona como una “tierra de nadie” y sin garantías para pasar incólumes por allí. Entonces, nuevamente a Cúcuta y en bus, por otra carretera, cuatro horas de desplazamiento, pero lo logré.

Los recorridos por este departamento incluyen colombianos medio, o más de medio-venezolanos, afectados y disgustados con el gobierno central por dañar su vida diaria con peleas que ellos no casan ni comparten. Lo que importa es que sus negocios continúen, la gasolina ecológica se consiga barata, el paso por la frontera no tenga problemas para ir a “traer” los productos baratos y subsidiados de Venezuela, tales como las medicinas, los alimentos enlatados y los alimentos en general. Entonces, lo que hace y dice “Bogotá” no lo comparten. Su realidad es semicolombo-venezolana. Los seminarios de las universidades de la región son todos internacionales, binacionales, colombo-venezolanos. Además, sus horarios, también lo son. Siempre están en función de comunicarse con su gente del otro lado de la frontera, “porque allá ya son las siete, porque allá no



El Carmen.

es lunes festivo y no hay puente”. Descubrí el método impensado de pasar gasolina, ahora que hay tanto problema: el negociante pasa con su carro de placa venezolana, “tanquea” y vuelve a Cúcuta. Aquí, desocupan el tanque y vuelve a pasar. La pimpina con la que tanquean valía en Cúcuta 20.000 pesos, y la gasolina estaba escasa por las “peleas bogotanas”. Algunos decían que tanquear en Colombia valía de 60.000 a 80.000.

El sufrimiento por la situación de orden público era grande. Y la incertidumbre, el temor y la desconfianza se percibía en el ambiente: a una bibliotecaria, cabeza de familia, a quien le habían allanado su casa por negarse a pagar la cuota que el comandante “para” exigía a los empleados de la alcaldía, se le llevaron de su único cuarto lo único de valor que tenía: un teléfono celular. Un bibliotecario que renunció a dirigir la banda de música, pues no resistía que el comandante lo obligara a tocar cada vez que un joven, hijo del pueblo, aparecía asesinado, “para elevar la moral de los habitantes”. Además, cada vez que quería divertirse, le ordenaba: “Toque,

maestro”. Por hacerle caso, la guerrilla declaró “objetivos militares” a todos los miembros de la banda, por “estar colaborando con los paras”. Y así, me preguntaba él: “¿Quién es capaz de hacer buena música y de divertir a sus enemigos cuando está llorando?” No quería volver a hacer actividades culturales. Las niñas del pueblo, amenazadas con quemarles el estómago con ácido si usaban camisetas ombligueras. Los trabajadores de la cultura, detenidos en retenes para amedrentarlos, hacerlos descamisar y revisar si tenían callos en los hombros (los guerrilleros dizque los tienen por cargar el fusil y el morral), acusarlos de “maricones” y obligarlos a cortarse la melena (o dejársela cortar por el comandante) si querían seguir su camino. Me decían los que lo han soportado, que le rogaban al melenudo: “Hermano, déjese... el pelo crece, pero la vida no se recupera”. Y así, cada cual llevaba encima su propio dolor, la humillación sentida y la amargura de la impotencia y el desamparo.

En estas circunstancias era preciso viajar con la mayor sencillez posible, parecer una pueblerina más, conservar bajo el perfil y no llamar la atención. ¿Y sabe qué? Creo que lo logré. La mayoría de las veces me preguntan: ¿Y usted, es profesora? Y, yo, sí, sí. Entonces me veo como la maestra que describía Gabriela Mistral en su poema “La maestra rural”: «La Maestra era pobre. Su reino no es humano. [...] Vestía sayas pardas, no enjocababa su mano». Usando zapatos todoterreno y cantando los vallenatos con que animan los baches de los cuasicaminos de herradura todos los buseteros de este departamento, ¿cómo voy a parecer de la capital?

PUEBLOS DE ANTIOQUIA

San Roque, Santo Domingo, San Rafael, San Carlos, San Pedro de Urabá... ¡*Ora pro nobis!* ¡Ah!, y Concepción, en honor de la Virgen de la Inmaculada Concepción. No me estoy encomendando a los santos para que me protejan en las zonas estigmatizadas por la violencia del país, solo

enumero los pueblos de mi último recorrido. Estos, unidos a la presencia de imágenes religiosas de toda clase en las carreteras, las consabidas vírgenes protectoras de los conductores adornadas con las farolas desechadas de los buses, la reproducción del niño Dios rodeado de innumerables piedras pintadas (en una, mientras soldados del ejército nos requisaban, alcancé a contar 165 y eran más, muchas más) que registran la desaparición, o la muerte violenta de los seres queridos de los campesinos de la región, como prueba de esa necesidad de denunciar y no dejar en el olvido el recuerdo de los allegados. La recreación del Monte de los Olivos, de la Sagrada Familia, del nacimiento del niño Jesús, en fin... y además, ¡sorpréndase!, la presencia de muchos hombres maduros luciendo en su pecho camándulas de cuero marrón y de choferes que, después del consabido concierto de ranchetón, sintonizan el rosario y la santa misa (6 de la mañana y 6 y media de la tarde), y hasta contestan la oración en voz alta, mientras vuelan por las carreteras sin mayor respeto por la vida de los pasajeros. ¿Ya adivinaron? Describo a Antioquia. Municipios del nordeste y oriente del departamento. Por aquí fui... y de allí me quedó la duda: ¿pecarán tanto los paisas, que necesitan empatar de tal manera? Por aquello de que “el que reza y peca, empatá”.

Bellísimos pueblos, hermoseados en sus alrededores por el río Nare y sus afluentes, permiten disfrutar la abundancia de agua y esplendorosos paisajes. En Alejandría, la presencia de la cascada Velo de Novia con más de 50 metros de ancho se convierte en un recreo para el espíritu. Concepción, con varios monumentos nacionales, especialmente su biblioteca: la casa del general de la independencia José María Córdoba y las innumerables casas campesinas cuadradas, con tres lados del cuadrado, o en ele, paredes de dos colores vistosos donde el zócalo inferior es el oscuro (para que los campesinos de visita recostaran su pie calzado, sin manchar la pared), techos de teja, amplios corredores



exteriores y numerosas macetas de flores adornándolos, fueron un solaz en el viaje.

En estos días de tanto análisis de la lengua, rememoré el tan típico saludo paisa: “bien o ¿pa’ que?”. Y la consabida respuesta “No tan bien como usted, pero ahí vamos”. O, el famoso “¿Biencito?”. Además de volver a familiarizar el oído con el voceo típico de esta región: “Ve vos...”, “Oí a este”, y la referencia a las jóvenes como “las muchachas”, algo que en la región central del país suena tan despectivo.

La creatividad paisa, como siempre, se muestra en sus soluciones al diario vivir: para desplazarse de las veredas a Puerto Berrío, nada mejor que aprovechar la carrilera del tren que se ausentó: una moto arrastra varios carritos de esferas que ruedan sobre ella, con el despampanante nombre de “moto-rodillo”, y los famosos buses escalera que se convierten en camión, carro de mercado y de animales, transporte de pasajeros y hasta camión de músicos.

Por supuesto no faltó la odisea en el transporte, pues aun cuando sea por aire, en este tiempo, las condiciones meteoroló-

gicas y los cierres de aeropuertos que ellas conllevan me retuvieron en San Pedro de Urabá, desde las 11 de la mañana hasta las 6 de la tarde. Como a las 7:30, hora de llegada, ya el aeropuerto regional de Medellín estaba cerrado y hubo necesidad de aterrizar en Rionegro, donde estaba lloviendo y yo con traje de tierra caliente. ¡Gajes de este oficio! Lo peor era que viajaba en una avioneta de 16 pasajeros.

Ahora sufro por el transporte a Murindó (límite entre Chocó y Antioquia), único municipio que me falta de Antioquia. Las posibilidades de llegar son: o por agua, en tres jornadas y dos cambios de río, con el antecedente de mi hundimiento en el Pacífico, que me atemoriza tanto que estoy a punto de recular (dicho en santandereano), o de “patrasiarme” (en jerga costeña). La otra posibilidad de llegar está en las manos de una tal Petrona, dueña de los cupos en una avioneta privada de cuatro pasajeros que estaba en el hangar 82, quien anota en una libreta a las víctimas y las va juntando, con una advertencia: “Hay que tener paciencia”. Esta Petrona es una morena de cara redonda y amplia

Este recorrido me ayudó a reactivar aquel diccionario de expresiones paisas que nos tocó confeccionar en Medallo durante nuestra época de estudiantes, como recordar que llaman “revueltería” al micromercado de esquina de barrio que vende verduras; “galería” a la plaza de mercado, y “menuda” a las monedas.

sonrisa, tan corpulenta como su nombre les permita imaginar. Con estas lluvias, ninguna posibilidad es buena. Y con la situación del medio Chocó, las mismas disminuyen. Será imitar a los paisas en Semana Santa y esperar que tantos santos juntos me lleven, y por supuesto me traigan, del inalcanzable Murindó.

EL QUINDÍO, PARAÍSO COLOMBIANO

Por aquí, todo muy bien. Finalmente, tal como sucede con la vida, este fue el recorrido de las compensaciones: agradable, tranquilo, delicioso. Este departamento es un verdadero paraíso en el país: un paisaje hermoso, donde las redondeces de las innumerables lomas se ven adornadas por verdísimos y elegantes guaduales, que no tendrían nada que envidiarles a los de *La casa de las dagas voladoras*, una película en la que Yimou nos muestra estos deslumbrantes pastizales, porque, ¡sorpréndase!, realmente son pastos gigantes en una sinfonía de movimientos y persecuciones. No los vi llorar, a pesar de que aún llovía, pero sí me convencí de que tienen alma, tal como cantaban Silva y Villalba la letra de Jorge Villamil.

Los cultivos de café abundan por todos lados, protegidos por elegantes platanales. Sorprende ver cómo los tallos de estos se elevan bastante más que los chaparritos que vemos por nuestra tierra santanderea-

na, como si trataran de emular las esbeltas palmas de cera, nativas de este lugar. Las carreteras excelentes, el transporte público buenísimo, regido por conductores respetuosos de las normas de velocidad y del buen trato a los pasajeros. Las distancias totalmente manejables, pues casi ningún recorrido entre pueblos toma más de una hora. ¡Ah!, y los hoteles, casas fincas o los de las ciudades, muy aceptables.

Aquí sí hacen esfuerzos por desarrollar el agroturismo y para atraer a los viajeros. Cada pueblo ha organizado un atractivo especial: el Parque del Café en Montenegro, Panaca en Quimbaya, un jardín botánico con bonito mariposario en Calarcá, y así sucesivamente. Bastante respetuosos de la naturaleza y conservadores de las costumbres gastronómicas: calentado al desayuno, frisoles a toda hora y la infaltable mazamorra, o claro paisa, con panela raspada, por supuesto. ¡Arepas por todas partes! Hasta en los pueblos, cada media cuadra una ama de casa tiene una lata convertida en asador, y el negocio armado.

Este recorrido me ayudó a reactivar aquel diccionario de expresiones paisas que nos tocó confeccionar en Medallo durante nuestra época de estudiantes, como recordar que llaman “revueltería” al micromercado de esquina de barrio que vende verduras; “galería” a la plaza de mercado, y “menuda” a las monedas. También rememoraré los tan mentados dichos paisas, llenos de realidad, que disfrutábamos en aquel entonces: “entre más pobres, más gallada”. Además me gocé el rico olor del café y de la panela, pues muchos de estos municipios son panelleros, y disfruté en Santa Rosa de Cabal el delicioso aroma de los chorizos, tan famosos en el país, aunque sigo creyendo como buena “jirimisca” que es mejor olerlos que comerlos.

Aunque casi todas las bibliotecas estaban abiertas, no sobresalían por su organización y aseo. Pero bueno, nada que no tenga solución. El espíritu navideño ya se había tomado estos pueblos, y en la mayoría,



los alcaldes visitaban las veredas imitando a Papá Noel, pero eso sí, con el ánimo de asegurar los votos del 2006.

PUEBLOS DE CALDAS

Regresé al norte de Caldas. Cuatro horas a La Dorada y de ahí a Norcasia, volver a Victoria en dos horas y subir a Samaná por otras cuatro horas, andando por carreteras destapadas y en buses ronroneantes. Esperan a los amigos, llevan encomiendas, saludan al compadre, etc. Lo más destacado, el intenso movimiento de paracos. Más tarde me enteré de la entrega que estaba en proceso: “nuestro comandante general” Ramón Isaza. Un acontecimiento “histórico”.

En Victoria, una gallera es la sede de la biblioteca. Con creatividad se verá hermosa. Este amor a los gallos, por estas latitudes, es muy notorio. Los hombres se suben a los buses con los gallos en sus brazos. Los aparan entre las manos, los ponen de medio lado y los van sobando, con ternura visible en hombres tan rudos, pero tan amorosos. El dueño del animal hace de una vez amigos por doquier: todos le hablan, le preguntan

por las cualidades del animal e indagan por sus próximas peleas. Pero todo, en función de cuánto dinero apostarán. ¡Cuánto desconocemos de nuestro pueblo!

De aquí me iré a terminar el recorrido por Cundinamarca, pues tengo que llegar al Peñón, Guayabal de Síquima y Quebradanegra. Tierras templadas, mucho ganado y bastantes calentanos. Y luego a casa para preparar los informes, sentadita en mi casa, oyendo mi música. Extraño el cuento del raspachín que vive entre coccaleros, el del traqueto que avisa “patrón, cayó la pista”, o el de la mujer que cuenta los casos de los raspachines que atendió el fin de semana, amén de las peleas que hubo en el bar. Esas son las letras de los corridos prohibidos.

DE CALDAS A RISARALDA

Como de flor en flor. Esta fue la época del eje cafetero. El único paraíso es el Quindío, pues los otros dos departamentos del Eje Cafetero repiten la situación del país recóndito: mal tráfico, carreteras destruidas por la temporada de lluvias, conductores atravesados y peleadores que compiten por

Estos caldenses tienen el concepto de lo “glocal” (global-local) desde hace muchos años: la mayoría de sus localidades se apropiaron de la geografía internacional para identificarse. Por ello conocí a Jordania, Filadelfia y Varsovia.

el centavo, temor general por la situación de orden público, y las bibliotecas, en su mayoría, guardadas en las cajas en las que llegaron procedentes de Bogotá.

Las tierras caldenses, llenas de cafetos protegidos por platanales. Estos, con sus racimos envueltos en plásticos de color azul, simulan pedazos de cielo colgados de las plantas y subiendo por las lomas. Bonito espectáculo. En Anserma me gocé una cabalgata. Sin embargo, al pueblo corriente no le gustan estos espectáculos de desorden, pues generalmente los jinetes son los nuevos ricos, aquellos mencionados por los “corridos prohibidos”: pecho desnudo al aire, gran cadena de oro y mucha agresividad. ¡Ah! Solo participan en ellas los “subditos de tono”, me explicó una señora para describirlos.

Estos caldenses tienen el concepto de lo “glocal” (global-local) desde hace muchos años: la mayoría de sus localidades se apropiaron de la geografía internacional para identificarse. Por ello conocí a Jordania, Filadelfia y Varsovia. Y también para repetir los nombres nacionales: Risaralda, Arauca, etc. Llegar a Marmato arruga el corazón. Y llena de rabia ver cómo fue que destruyeron las entrañas de su cordillera, dejando al aire los daños causados, sin retribuir en nada. De la carretera central se suben siete kilómetros destapados. Solo se dispone de dos recorridos de buses y lo demás son motos. Por supuesto, fui incapaz de encaramarme en una de estas, bajo el inclemente sol del mediodía. El agua del lavado del oro, como una mazamorra de

color cemento, se desliza por todas partes y el aire está totalmente contaminado por el polvo que se desprende de todas las explotaciones. Como consecuencia de este saqueo, el pueblo se hunde. Han hecho campañas para trasladar a los pobladores, pero la gente se resiste. ¡Aman estos despojos! Subir al sector donde se encuentra la administración municipal es una proeza. Se llega por una pendiente, empedrada, sin más opción que caminar y acezar. Al llegar, dicen del vaso de agua que ofrecen que “está bien hervida”. Ya se imaginarán que fue lo que tomé.

De allí pasé a Filadelfia en un yipao Willis típico de la zona y por una trocha. La mayoría de estos carros llevan casi 50 años de trabajos forzados, pues los cargan hasta con dos toneladas de productos y con 20 o 30 personas, que como garrapatas se cuelgan de donde pueden, se sientan en el techo y mecen las piernas, respirando polvo. ¿Se imaginan si los carros se hubieran podido sindicalizar? Y, para poder pasar de allí a Marulanda, como no alcancé el bus, tuve que usar los servicios de un señor que, en su *jeep*, lleva el mercado del pueblo: “soy Parapeto, el revueltero” —me dijo—, y con mucho gusto la llevo, no faltaba más. Porque lo que está es de buenas. Pues si tiene que esperar otro transporte, llega de noche”. Así, participé en la venta de bananos, cebolla, otras frutas y aguacates, por todo el camino, mientras llovía, pues todas las campesinas salían a esperarlo los días viernes, para mercar.

El frío de Marulanda es aterrador. Está a un poco más de 2.800 metros sobre el nivel del mar, y los vientos, desde antes de llegar, no tienen nada que envidiarles a los que nos describe Pedro Páramo en su Comala. Y ¿qué faltaba que me ocurriera? Como el transporte no entra a los pueblos pequeños, el conductor de la buseta que me acercó a la Felisa, un sitio de espera antes de Marmato, trató de ayudarme a conseguir en qué irme, a un precio favorable, y se bajó conmigo. Entonces, cuando hicimos el negocio, se despidió amablemente y se fue ¡con mi maleta! ¡Adiós,



que te fuiste Juana! Y lo peor es que yo tampoco me acordé, sino hasta cuando el nuevo conductor arrancó. Tuve que regresar en la tarde, a donde el despachador, por ella. Y sí, ahí estaba ella esperándome. Por aquí hay, además, iglesias con balcón, especialmente en Aranzazu, y también la de Marulanda. Creo no haber visto iguales en ningún sitio.

Y para completar, lo mismo con los hospedajes. Solo que en este recorrido me alegró el alma saber que una empleada de la alcaldía arrendaba cuartos, después de haber visto el “hospedaje de doña Marta”. Supuse que ella lo hacía aplicando criterios selectivos. Pero, cuando le pedí que me despertara, me contestó: “No se preocupe. Aquí duerme el chofer del bus de seis, y él también madruga”. Entonces puse el despertador a las cuatro, para ser la primera en usar el baño común, pero, por supuesto, no había sido la última en usarlo la noche anterior.

De Risaralda me impactó el pluriculturalismo. La vía a Pueblo Rico, destapada, por supuesto. Es el camino hacia Quibdó. Y en el pueblo hay asentamientos indígenas, tanto en el casco urbano, como en la zona

rural. Entonces, a diferencia de los demás pueblos, los buses iban llenos de “afrocolombianos”, para ser eufemística, pese a que a mí me llaman “la Negra”, y a mí me gusta decir “los negros” y “los indígenas”. Aquí, el sentido del olfato, a veces, se resiente. Pero, ¿se imagina los bellos programas que se pudieran hacer en cultura? También se da esta situación en Mistrató.

Rinden culto a la cebolla en Guática, donde celebran su festival haciendo una competencia para premiar al que mayor cantidad de cebollas pique. En Quinchía sus cerros son verdaderamente espectaculares. Aquí se siente el temor a la guerrilla, la cual, sube permanente hasta el pueblo.

En toda esta región se puede observar la demostración mañanera de una industria casera: en casi todas las cuadras de estos pueblos, sacan a la calle un fogón de carbón con una gran lata encima. Y allí asan delgadas arepas o masitas redondeadas, pero por montones. Se ve a los vecinos llevando paquetes de diez y veinte, según dicen para el consumo de cada día. Aquí, seguramente rezarán “la arepa nuestra de cada día”. En las

comidas aprendí a tomar sopa, despojándome del fastidio que compartía con Mafalda, por tener la seguridad de que esta sí había hervido. Estuve sometida a dieta de sopa de colí, pues en casi todos los restaurantes de pueblo la ofrecen permanentemente. Además conocí una especie de ponche que llaman forcha, que venden en carritos callejeros, y otra bebida que llaman sirope, hecha a base de miel de panela y ofrecida con o sin leche.

EL BRAVO PACÍFICO

Hoy estoy en Pasto. Y esta semana gocé la combinación perfecta para la experiencia vivida hasta ahora. El océano Pacífico, miedo, terror, carencias y dificultades. Pero, ¡que viva la experiencia! De Tumaco, con rumbo al Charco y las poblaciones del Pacífico. Avanzaría hasta el último pueblo y me regresaría para volver a Tumaco y tomar un avión hacia Cali y Pasto.

Entonces, ¡a embarcarse! Aquí sí me dieron un salvavidas y salimos a mar abierto, tranquilos como por veinte minutos. De repente, vi unas olas muy altas y ¡zuas, al agua! ¿Cómo ocurrió? ¡No sé! Solo recuerdo los gritos de los niños que iban en la embarcación, el miedo, y la sensación de tratar de abrir los ojos y estar cubierta por el agua. Me agarré de algo y volví al otro extremo de la lancha, totalmente emparamada, pero con mis pertenencias en la mano. No tengo conciencia de cómo lo hice, pero no fue algo consciente. Solo sé que durante las tres horas siguientes que duró este martirio temblé, temblé y temblé. ¿De frío? Creo que de terror.

Había llevado conmigo las botas pantaneras de caucho que compré para llevar a Barbacoas. Las miraba y me imaginaba lo que hubiera pasado si me las hubiera puesto este día, pues casi lo hago dizque para no mojarme.

Me deshice de ellas en cuanto llegamos a tierra. Ya en la tarde, cuando oí las campanas de la iglesia, sentí la necesidad de ir a misa. ¡Já! El diablo haciendo hostias. ¡Dizque valiente y sin temor a la muerte!

Solo me raspé un brazo y perdí las gafas, aquellas Ray Ban que había comprado para evitar la arena del desierto. Mi vecina de adelante, que traía su bolso colgado al cuello, tuvo que dejarlo hundir, pues la arrastraba hacia abajo. La de atrás se partió el brazo y los demás, solo el susto. Los niños muy temerosos y mojados, pero nada más. Por supuesto, no quedó nada seco, y sufrí por los convenios que había llevado para hacer firmar. Y, para acabar, como a la hora encalló la lancha en un arenoso, de donde salimos a punta de canaleta.

Como estos pueblos del Pacífico no tienen agua, las mujeres lavan a la orilla de los esteros, con agua salada, sucia, olorosa y revuelta con el aceite de las lanchas. Entonces, ni pensar en hacer lavar mi ropa. Secarla y seguir con ella tal como quedó. Las portadas de los libros que llevaba conmigo se destiñeron o, mejor, tinturaron la ropa con un bonito irisado. Esto y las arrugas me dejaron con una moderna y nueva moda. Probablemente, algún día los alcaldes de esta zona le pedirán al Ministerio que no les manden locas menesterosas a atenderlos. Creo que ese era mi aspecto, pero bueno, estaba viva y fregona. Extendí los convenios sobre un corredor que había en el hotel, con todo el cuidado que pude, pero de repente tres niños descalzos y embarrados, jugando a perseguirse, ¡pasaron por encima de esos papeles! ¡El valor que van a tener estos papeles después de esta aventura!

Toda la semana, cuando pensaba en el regreso, se me enfriaba el estómago. Y cuando me tenía que subir a las lanchas, que por lo menos fue dos veces al día, para ir de un pueblo a otro, pues eran 16 sobre el agua y sin transporte terrestre, solo podía musitar “¡Ay!” Entonces, a Satinga, Mosquera, Francisco Pizarro, la Tola, todos sin agua, sin luz (o solo de 6 a 11 de la noche) y casi sin hoteles. De estos, ni hablar. La mayoría, casi sucios, con bichos (tenía que llevar la botella de Raid a todas partes), sin ventanas y con puertas para cerrar con candado. Y, por supuesto,

sin baños. ¿Se imaginan el último día de carnaval, compartiendo el baño con las borrachitas de tres días de farra? Y eso, cuando no era con los borrachitos que se confundían de sitio. Y cuando no había papel higiénico. Yo sí lo llevaba conmigo, pero también el golpe de mar lo deshizo.

Bueno, en Mosquera había un paisa con un hotel bonito, que miraba al estero y tenía una sola habitación con baño. Ese día me gané la lotería, pues me la asignaron. Entré, quería lavarme aunque fuese las manos y quitarme los lentes, pero, ¡Oh sorpresa!, no había lavamanos, ni tampoco ducha. Era solamente la cabina cerrada, y al mirar en un rincón, un balde de agua, con una ponchera encima. ¿Tienen memoria de haberse bañado con estos dos “modernos implementos” a las cinco de la mañana, sin un rayito de luz que alumbré? Supondrán que de la emoción olvidé comprar una vela, pero eso no importa, la misión estaba cumplida en la zona, y de nuevo el dolor, la hora de atravesar el mar para el regreso.

Faltaba ir a Salahonda, un barrial de pueblo con la alcaldía inundada por el aguacero de la noche anterior, y para colmo con un bibliotecario joven que decía detestar a la gente que le molestaba la vida, porque cogía los libros sin su permiso. No tenía nada que hacer después de limpiar los libros y se pasaba el día sentado en la puerta, esperando que alguien fuese.

No creí que siguiera lloviendo, pero al poco tiempo de habernos embarcado, noté un jala jala de plásticos. El señor de adelante me pasó la punta de uno de ellos y me dijo: “tápese, que la lluvia pega durísimo, y usted no resiste”. Por supuesto que lo hice, pero el plástico apenas alcanzaba hasta la nuca, con la cabeza agachada, y de ahí para abajo, lávese con el agua que escurría. Todo el tiempo pensé que me vería como el avestruz,

con la cabeza en la arena. Tremendo aguacero, y arrepentimiento total por mis pecados, suficientemente purgados en esta jornada. Frío y nueva lavada total. ¿Alguna ventaja? Sí, agua dulce.

En Salahonda ya no salía nueva lancha. Y estando sentada en una tienda, entró una señora. Hablamos, me relató que se estaba muriendo, y que el marido la iba a llevar a Tumaco. Sin ninguna duda, me embarqué en esa lancha con ella. Una y media de la tarde, con mar picado y con un nuevo miedo: que la señora se muriera en el camino. El mar, terrible, y vuelva a sufrir. Me pegué a mi vecino de asiento y juntaba mi pierna a la de él, para sentirme acompañada de un ser humano. Yo, que siempre evito que me toquen, especialmente cuando el cristiano está sudado, mojado y huele a pescado. ¡Ja!, así es la vida. Creo que cada dos minutos le preguntaba a mi vecino: “Señor: ¿falta mucho?”, “¿Ya vamos a llegar?” Estaba yo más afanada que la enferma. Bueno, ella estaba boquiando, y creo que no se daba cuenta de nada. Finalmente, llegamos. ¡Amo a Tumaco, tierra firme! Llegué con el codo izquierdo hinchado, pues así me golpeará, no me solté ni un solo minuto de la barda de la lancha. Pero aquí estoy.

Este ejercicio fue solo una manera de exorcizar el miedo, pero sigo disfrutando la experiencia. Además, ya me pude volver a reír, tranquila. Aprendí que a la gente de esta región hay que sacarla por Guapi, y que para ir en lancha, se necesita llevar impermeable en vez de botas. También que los disquetes se borran con el agua salada, que al mar hay que respetarlo, que ahora le tengo miedo, y que esta experiencia, ¡hay que repetirla!

Un fuerte abrazo de Elsa, la negra andariega. ◆